

I JORNADAS DE JOVENES INVESTIGADORES

LENGUAJE Y POSMODERNIDAD

I.

El presente trabajo forma parte de la investigación Competencia discursiva escrita de los estudiantes universitarios: problemas lingüísticos y problemas de conceptualización que, bajo la dirección de la profesora Donatella Castellani, se está llevando a cabo, desde hace varios meses, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

En la presente ponencia Competencia discursiva escrita de los estudiantes universitarios: entre la construcción de la identidad y el des-crédito del "código en común", aspiro a profundizar en algunos de los conceptos formulados en los estudios e investigaciones indicados y a avanzar sobre otros elementos que, según parece desprenderse de la investigación en curso, tanto en lo que concierne a la dimensión pragmática-enunciativa como a la conceptual y argumentativa, son indudablemente significativos. Me refiero a: 1) la construcción del sujeto-alumno universitario dentro del texto concebido como espacio de conflicto psicológico-social y 2) la cuasi disolución de facto del contrato lingüístico entre el enunciador y el enunciatario, en el marco de la pérdida de una "mirada-modelo" hegemónica, propio de la fragmentación posmoderna.

II.

Como es sabido, en la perspectiva lingüística de la enunciación, dentro de la que se inscribe este trabajo, "el

0258

120

enunciado entendido como objeto-evento es sustituido por el enunciado como objeto-fabricado, en el que el sujeto hablante se instaure permanentemente, al mismo tiempo que instaure allí al 'otro' por las marcas enunciativas", tal como lo expresaron, casi veinticinco años atrás, G. Provost y Chaveau.

Aunque pueda resultar -y acaso lo sea- extremadamente amplio, considero insoslayable el estudio de los enunciados producidos por alumnos universitarios en el marco de lo que se ha denominado como posmodernidad, entendido este concepto desde la perspectiva de Jurgen Habermas.

En su obra Ensayos políticos, el filósofo europeo describe la posmodernidad sobre la base de que en ella: 1) se subraya la significación del contextualismo, 2) el mundo vital ya no se presenta como uno sino plural y diverso, 3) la moral retrocede a favor de la ética, 4) la vida práctica, cotidiana, se impone a la teoría, 5) la ruptura triunfa sobre la continuidad, 6) lo particular desplaza a lo general, 7) la desconfianza (y la descreencia) frente a las sistematizaciones muy fuertes y abarcativas y frente a las construcciones de contenido normativo se vuelven indisimulables, 8) se abandona el paradigma -dominante desde hace doscientos años- de la filosofía de la conciencia, con sus conceptos clave del sujeto y de la autoconciencia.

Nos interesa entonces reconocer de qué manera este proceso profundo de transformaciones opera sobre la construcción de la identidad del sujeto psicológico-social y cómo uno de los atributos principales de la "sociedad postutópica", esto es la fragmentación, se proyecta e "infiltra" en los enunciados

producidos por enunciadore^os "antropófagos". Enunciadores que se han "devorado" a sus enunciatarios, incompetentes para reconocer la existencia del otro, incapaces, por ende, de reconocerse a sí mismos.

La paradoja de esta Aldea Global -en que han convertido el mundo- reside en que, frente a la profusión vertiginosa y continua de objetos e imágenes de consumo (que siempre son "miradas"), presuntas expresiones probatorias de la pluralidad democrática del New Order, se ubica un yo que todavía no es y que quizás no alcance a constituirse estrictamente como tal si se reflexiona acerca de lo que Jean Piaget señala con respecto a la génesis del pensamiento: "... como el lenguaje conduce a la socialización de los actos, aquéllos actos que, gracias a él, dan lugar a actos de pensamiento, no pertenecen exclusivamente al yo los engendra y quedan de rondón situados en un plano de comunicación que decuplica su alcance. En efecto, el lenguaje propiamente dicho es el vehículo de los conceptos y las nociones que pertenecen a todo el mundo y que refuerzan el pensamiento individual con un amplio sistema de pensamiento colectivo. Y en él es donde queda virtualmente sumergido el niño tan pronto como maneja la palabra."

Tomando prestada la poética figura que empleó Torricelli para explicar el concepto de atmósfera - "vivimos inmersos en el fondo de un mar de aire elemental, somos 'peces de aire' comprimidos en el fondo del mar", puede decirse que, sumergido en el océano desencantado de la posmodernidad, abandonado a un presente sin recuerdos, débilmente frutivo, fuertemente acobardado, el sujeto

psico-social de la sociedad posmoderna es, como el pequeño burgués barthesiano, un individuo impotente para concebir lo otro. Ahora bien, ¿cómo puede conformarse un yo que niega el tú?, ¿qué repercusiones provocará esta negación en el contrato lingüístico?

A partir de las marcas del sujeto de la enunciación, nos importa la descripción de un enunciador cuya identidad se presenta, textualmente, como difusa e incompleta.

En Learning how to learn, Joseph Novak y D.B. Gowin advierten, concordando con David Ausubel, que para que se pueda llevar a cabo la construcción de estructuras cognitivas que le permitan a un individuo incorporar nuevos conceptos y refutar o reformular conceptos previos, es indispensable que se produzca una doble ruptura: a) entre la creencia del sentido común y el conocimiento propio de la ciencia (este proceso de "quiebre" debe efectuarse de manera consciente, ya que le va a facilitar la diferenciación entre conceptos tales como creencia, verdad y conocimiento-contrastado y justificado por la ciencia-); b) des-centración como sujeto (esta segunda ruptura es fundamental en tanto y en cuanto implica el reconocimiento de "lo otro").

Ahora bien, ¿puede producirse esta des-centración como sujeto en un sujeto que, por lo menos en lo que atañe a la lengua escrita, se está construyendo como "hablante", casi rudimentariamente, sobre la base de lo que suele designarse como "el punto cero de las coordenadas enunciativas": el yo-aquí-ahora (Buhler, 1979), o -Bertrand Russell mediante- como "particularidades egocéntricas"?, ¿puede efectuarse este

descentramiento en un sujeto que, tal como ha explicado Donatella Castellani en "Formalizaciones y discurso metonímico de la sociedad postideológica", no está en condiciones de realizar operaciones proposicionales, correspondientes a lo que Jean Piaget define como "pensamiento formal" o "hipotético-deductivo"? Y por último: ¿puede considerarse científicamente válida una investigación semiótica que ignore o relativice hoy la significación del marco enunciativo "posmodernidad" que, en tanto "sistema de pensamiento colectivo" debería reforzar el pensamiento individual y que, paradójicamente, funciona como un boomerang pues su producto es un lenguaje-pensamiento sin profundidad, vaciado de resonancias, sin densidad ni volumen, casi "light", concebido como elemento "transparente" o, usurpándole las palabras al extraordinario Rodolfo Walsh, "aniquilado por el desprestigio"?

Si tal como señala Beatriz Lavandera en "Los nuevos axiomas de la lingüística", el texto escrito impuso un orden en el lenguaje de manera que se constituyó en una unidad mental admitida por todos hasta el punto de que nuestra propia estructura de conocimiento está "armada" de ese modo (una situación resulta comprensible sólo si puede ser descripta en un texto-narración que esté compuesto por un comienzo, argumentación y conclusiones) y si "la unidad del texto se identifica con la de la persona que lo escribe", ¿qué tipo de unidad o coherencia pueden ofrecer los enunciados producidos por un enunciador que, a fuerza de explosiones e implosiones, se presenta "astillado", inmerso en la cultura del desecho, adorador del "glancing" (echar un vistazo) y

alejado no sólo de la razón sino también del "gazing" (mirar), que la presupone?

Juan Pablo Feinmann señala: "Estamos, en efecto, podridos. Sospechamos que nos quedaremos sin idioma. Sin Himno. Sin Belgrano, sin río Paraná. En suma, sin identidad. Quizás uno acepte muchas cosas: la globalización, la meneada aldea global, la universalización de la cultura del Primer Mundo y muchas cosas más. Pero... ¿no nos quedará nada de lo que fuimos? Y si algo queda, ¿qué es lo que debe quedar? ¿El precio de la globalización es la anulación de todos los elementos de identidad nacional? ¿La muerte del Estado-Nación es, sin más, la muerte de la identidad?"

Es cierto que estas reflexiones se inscriben dentro de una lectura filosófica-política y no dentro de la disciplina que nos ha convocado a estas Jornadas. No obstante, puede establecerse una correlación interesante: la posmodernidad opera sobre el sujeto psico-social como la aldea global sobre los Estados-naciones.

El acto en común es la anulación: en el primero de los casos, de la identidad del sujeto psico-social; en la segunda, de la identidad del Estado-Nación, que se somete a lo que, desde el New Order, se establece como "universal".

A continuación, vamos a analizar un poco más en detalle cómo se manifiestan, desde una perspectiva estrictamente lingüística, cada uno de estos conflictos que, una vez más, vienen a verificar la doble dimensión del lenguaje: la de constituyente-constituido.

III.

En el corpus que, junto con la licenciada Marisa Merlos, hemos relevado hasta el presente, se ha trabajado en dos niveles diferentes de coherencia: a) coherencia contextual o pragmática y b) coherencia superficial o cohesión.

Debido a las restricciones, absolutamente comprensibles, a las que, como todos los exponentes, me veo sujeto, voy tan solo a enumerar algunos de los inconvenientes más relevantes en ambas dimensiones y a detenerme en los que, desde mi punto de vista, adquieren un volumen que obliga a ahondar en ellos.

En términos muy abarcativos, puede decirse que, en los enunciados producidos por alumnos universitarios, existe una marcada opacidad, que linda con la incoherencia. Resulta muy dificultoso -cuando no imposible- la identificación de los lexemas a los que remiten, tanto anafórica como catafóricamente, las referencias demostrativas. Es frecuente la carencia, insuficiencia y/o uso anómalo de las referencias endofóricas. Resulta notorio, entonces, que el alumno universitario "promedio" tiene serias dificultades para construir sentidos dependientes del co-texto, ya que esto implica, entre otras cosas, el reconocimiento del texto como objeto independiente.

Frente a la "falta" o insuficiencia de referencias endofóricas, que señalan hacia el interior del texto, se advierte una presencia sobredimensionada de referencias exofóricas, que señalan hacia el exterior o contexto. Dentro de las referencias exofóricas, existe un fuerte predominio de las formas pronominales correspondientes a la primera persona. Un ejemplo

puede ser útil: "(...) me era muy difícil (sic) tomar todo lo que no me parecía correcto (cuando yo digo correcto me refiero a que si yo lo acepto o comparto), y lo atribuía a la falta de fundamentación teórica pero ahora descubrí que realizando una lectura minuciosa y crítica (sic) puedo apoyar mis puntos de vistas (sic) o refutarlos pero sabiendo porque (sic) no son válidos y no porque se me enseñe que debo aceptarlos".

Hay una evidente necesidad de afirmación, a partir del empleo del elemento central del sistema indicial que, como sabemos, es el pronombre yo, ligado además a la construcción de las categorías del objeto, del espacio y del tiempo. En términos de Jean Piaget: "(...) todo lo que es percibido está centrado en la propia actividad: *el yo se halla al principio en el centro de la realidad, precisamente porque no tiene conciencia de sí mismo, y el mundo exterior se objetivará en la medida en que el yo se construya en tanto que actividad subjetiva o interior*".

Ahora bien, como explica en Ensayos de lingüística general Roman Jakobson, los "shifters" combinan dos funciones: la de símbolo y la de índice. Charles S. Peirce define como símbolo a un "signo que es determinado por un Objeto Dinámico solamente en el sentido de que así será interpretado" y como índice a "un signo determinado por un Objeto Dinámico en virtud de estar en relación con él". Resulta claro, entonces, que el enunciatario no sólo se inclina a utilizar recurrentemente los signos índices como modo de constitución de su propia subjetividad y de su ubicación espacio-temporal, sino también como un medio de proposición o recuperación de un sentido que el co-texto por sí

solo no alcanza a construir.

La pérdida del valor simbólico de la palabra encuentra su correlato en el uso del código restringido, en el que -tal cual expresa Basil Bernstein- la gama de alternativas se reduce considerablemente y en el que la recurrencia a referencias exofóricas, a elementos paralingüísticos y a códigos no-verbales es frecuente.

El código restringido exige un menor grado de abstracción y una mayor dependencia del contexto que el código elaborado, pues orienta hacia lo extraverbal una serie de elementos que, en el código elaborado, se expresan verbalmente.

Mientras este sujeto psico-social, entre balbuceos y tartamudeces, se esmera en vano en su propia construcción, "el sistema de pensamiento colectivo" que lo contiene, lo impulsa a quedarse en una infancia "puro-ojo", sin razón y sin mirada, repleta de objetos que han nacido para el consumo y de imágenes, analógicas y digitales, que lo convierten en un "eterno deseante" sin objeto de deseo.

Dentro de este cuadro de situación, no es azaroso que el enunciado producido por este sujeto psico-social elija la variante fiduciaria (ligada con el universo del "creer"), en detrimento de la lógica (vinculada con el universo del "saber"). La modalidad de la "adhesión" es la predominante, inclusive en textos -como los académicos- que exigen la modalidad de la racionalidad, entendida con Jurgen Habermas como la de las "afirmaciones susceptibles de crítica".

Mijail Bajtín, en "El problema de los géneros discursivos".

afirma que en los estilos denominados neutrales u objetivos, esto es, en los que se concentran hasta el máximo en el objeto del que hablan, se presupone una especie de identificación entre el enunciador y el enunciatario, una unidad de puntos de vista. Y yo agregó: la creencia en la utilidad y posibilidades que otorga el código. Porque, en definitiva, todo código, toda convención social, no es sino un acto de fe colectivo, una suerte de "amor compartido" por el conocimiento humano.

Ahora bien, al derrumbarse "el presupuesto cultural de la existencia de una sola realidad", se ha ingresado en lo que llamo proceso de cuasi disolución de un contrato que a las partes yo no les interesa, porque han variado las circunstancias y las condiciones de su firma: la realidad es otra.

No obstante, y aun admitiendo que "la identidad del texto ha sido hecha pedazos por los media electrónicos que nos fuerzan a aprender a manejarnos con nuevas formas de percepción", no puede ignorarse que el desencanto por la razón y por los grandes conceptos anclados en ellas es inexorablemente, a la larga o a la corta, desacreditación del lenguaje y del conocimiento.

Frente a esta atrofia del lenguaje, frente a esta impotencia de la palabra (acaso la más relevante construcción colectiva hasta el presente), se alza -según señala, entre otros, el filósofo alemán Norbert Bolz- un "nuevo modo de pensamiento" que, sin embargo, no alcanzan a definir con precisión.

Si, como expresa Héctor Schmucler, "la neolengua transita por dos rumbos que conducen al mismo destino: o la búsqueda de una exactitud "computarizada" que permita el buen funcionamiento de

los sistemas globales o el balbuceo de las palabras comodines que sirven para nombrar cualquier cosa y, dado que, en ambos casos, se pierden los 'significados secundarios', la posibilidad de elegir matices, donde se asienta la responsabilidad del hombre en el lenguaje", se deriva que la posmodernidad -como sistema ideológico- implica un acotamiento del radio de acción de la mente, aunque se obstinen en convencernos de que, gracias a la "magia tecnológica", el futuro que (¿nos?) aguarda -utopía mediática mediante- es mucho más perfecto aun que el paraíso medioeval.

Amparado en las palabras de T.S.Elliot: "¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido en información?", me inclino a señalar que, en esta Aldea Global, en la que las desigualdades sociales no sólo no han disminuido sino que se han incrementado, se vuelve imperiosa la aniquilación de un lenguaje, que, por un lado, implica el reconocimiento del otro y, por otro, una posibilidad cierta de mirar y no de "echar vistazos".

Leonardo Varela

Universidad Nacional del Centro

Facultad de Ciencias Sociales